

Staller, sabía cómo Lucía le había arruinado, cómo, en su miseria y en su desesperación, se había él levantado la tapa de los sesos.

—¿Quién sabe,—se dijo,—si no la espera el mismo desenlace?

XI

El ladrón y la muerte

Aquello era cosa hecha: Lucía no debía levantarse. Había quemado su vela por los dos extremos. Una vela romana á un lado, un cirio de duelo á otro. Habíase agitado en la alegría, debía concluir en el dolor. La felicidad la hubiera hecho vivir más; pero, devorada por los ásperos tormentos de los celos, después de haberlo sido por las estériles alegrías del orgullo, iba á extinguirse en pocos días.

Cuando las mujeres galantes no encuentran una persona en quien descansar, después de las grandes locuras de su primera época, mueren en su juventud. Verdadero fuego de alegría en que no se echa ni un cubo de agua. Algunas se arrastran en la miseria conservando todavía una sonrisa; á otras les cae la lotería: se sobreviven por su familia ó por sus hijos, aquí y allá por un amor que las salva.

Lucía era una de aquellas que desaparecen merced á un amor que mata.

Ni el recuerdo de su vida ni la vista de su belleza, ni su fortuna, ni su lujo, ni sus amistades, pudieron nada contra aquel hombre de desgracia, el último á

quien hubo de amar, el castigo de todos sus pecados.

¿Era que la mano de la Providencia mostrábase allí, terrible en su venganza? ¿Era el azar de las cosas, que con frecuencia hiere acertadamente, por no engañarse siempre cuando tira la primera piedra á una mujer?

El médico temía una fiebre cerebral. Preguntó á Carlos Abelle si Lucía tenía pena.

—¡Penal—respondió él.—¡Pero si es la mujer más dichosa del mundo! Desde que olvidó el pasado, no tiene sino una idea, ser mi esposa.

El tunante tomó cierto aire de dignidad.

—Pero, ya comprenderá usted,—prosiguió,—que aun prometiéndola casarme con ella en breve, me reservaba el consentimiento de mi familia. Porque las personas bien educadas no se casan así como así con su amante.

El médico miró con fijeza á Carlos, como queriéndole decir: «Las personas bien educadas no viven á costa de su querida.»

—Mire usted,—le dijo,—si le pregunto á usted acerca de la pena de Lucía, es por saber si su mal es irremediable. Creo conocerla bien. Tiene verdadera sed de rehabilitación; si no se casa usted con ella, me será imposible salvarla.

—Sin embargo, no puedo casarme con ella á bocajarro, en sus horas de delirio.

—Después de todo,—pensaba el médico al marcharse,—unirse á un hombre como éste fuera un fracaso más. Me lavo las manos en este asunto.

Pasaron algunos días. La enferma iba peor.

Una noche, mandó llamar al conde de Aspremont.

Éste contestó á su llamamiento, con intención de hablarle de Dios; la habló de Gontrán Staller.

—¡Es extraño!—dijole ella.—Me parece que todo el amor que profesaba á Carlos Abelle no es otra cosa

que una ilusión; no puedo verle sin que me parezca que tiene el rostro de Gontrán; á él es á quien amé, á él es á quien amo.

Aspremont, que era un filósofo, trataba de explicar-se aquello, cuando Lucía añadió, tendiéndole la mano:

—Fuí infame con su amigo de usted; pero tanto he sufrido que menester es perdonarme. Perdóneme usted en su nombre. Voy á morir; me enviará usted un sacerdote mañana por la mañana. Espero que Dios también me perdonará.

Aspremont intentó consolar á Lucía y volverle á la idea de la vida.

—No,—dijo ella,—sólo un favor pido: ser enterrada en la tumba de Gontrán Staller. Ayer fui á llorar allí, y allí me encontré con su hermana. Pídale usted esto en mi nombre; me amó tanto él, que tengo la seguridad de que me espera.

Aspremont estaba conmovido. No podía explicarse cómo el odio que Lucía le inspiraba se había súbitamente convertido en inmensa piedad. Nada es eterno en el corazón humano, un lugar alternativamente habitado por los sentimientos más opuestos. Todas las virtudes, todos los pecados, pueden elegir en él un domicilio. El corazón no es un mundo, son todos los mundos.

El conde prometió á Lucía que si moría sería enterrada junto á Gontrán Staller.

En las últimas horas de la vida, vuélvese hacia las albas matinales, se olvidan las últimas sendas recorridas, recóbranse ánimos para hacer el viaje de la muerte por los frescos senderos de la juventud. Lucía se internaba con pasión en aquellos hermosos tiempos, en sus comienzos en la vida, en sus comienzos en el amor y en el teatro. Hízose llevar su retrato, pintado por Eugenio Deschamps.

—¡Ah! ¡Cuán feliz era entonces!

Vió pasar la figura melancólica de Gontrán Staller.

—¿Por qué no le profesé yo más amor?—exclamó.

Y se estremecía al pensar en aquel último encuentro, cuando él, completamente derrotado por el insomnio y por la miseria, fué á llorar bajo las ventanas del hotel que le había dado. Horrorizábase de sí misma; hubiera querido hacer penitencia; juzgaba que Carlos Abelle no la había hecho sufrir lo que merecía.

El conde de Aspremont no se había marchado cuando le anunciaron á su amante.

—¡No quiero volverle á ver!—dijo Lucía, ocultando la cara entre las manos.—¡Es mi vergüenza, es mi muerte!

Aspremont creyó que era aquél un grito del corazón; y dijo en voz alta al criado:

—Advierta usted á ese caballero que no volverá á ser recibido aquí.

—Espere usted,—dijo Lucía;—no le diga eso hoy. Quiero verle por última vez; quiero decirle yo misma que no le amo, que nunca le amé.

Aspremont cogió fríamente su sombrero.

—Vendrá usted á verme, ¿no es verdad?—dijo la moribunda.

—No; temería demasiado encontrar á su amante de usted.

—¡Le juro que mañana no traspasará estos umbrales!

—Pues bien: volveré mañana. Y si pone usted á ese hombre á la puerta, le traeré á usted una hermana de la Caridad.

Un relámpago de alegría pasó por el rostro de la joven.

—¡El arrepentimiento,—dijo,—es ya el cielo!

Aspremont atravesó el salón vecino con el sombrero puesto, delante de Carlos Abelle, que esbozó una sonrisa.

—¿Cómo va?—dijo, queriendo detener al conde.

Pero quedó petrificado ante una mirada de éste, que parecía decirle:

—Caballero, no le conozco á usted.

Para vengarse de esta humillación, entró en el aposento de Lucía sin descubrirse.

—¿Qué modales son éstos?—dijo al entrar.

Lucía tuvo miedo. Él, que la dominaba por el amor, la dominaba también por el terror. Cuando él no estaba allí, parecía que todo había acabado; y volvía á ser su esclava cuando él aparecía, porque no encontraba en sí misma virtud bastante para vencer su vileza.

—Amigo mío,—dijole ella con su voz más dulce,—siento que voy á morir. Acuérdesse usted de la que tanto le amó.

La cólera de Carlos cayó como la dignidad de Lucía. La encontraba muy cambiada desde por la mañana. Presintió que la joven moriría pronto.

—Dime, amigo mío,—añadió ella, reanimándose.—¿Que harás cuando yo haya muerto?

—¡Tú no morirás! Pero, si murieras, viviría de tu pensamiento.

Lucía sonrió amargamente.

—Y con las otras. Pero te perdono, porque me acuerdo de que me has amado. Sin embargo, ten presente, querido, que es necesario ser serio, que es menester volver al trabajo, porque no tienes fortuna. ¡Y es tan poco lo que me queda!

Carlos Abelle miró á Lucía como para adivinar su pensamiento.

—Por otra parte,—dijo,—tu fortuna no es mía.

—¡Oh!—murmuró ella.—No quiero morir sin hacer mi testamento.

Carlos Abelle tuvo todas las penas de este mundo para ocultar su alegría. Había calculado que aun quedaban cien mil francos á su amante, vendiéndolo todo. Lucía había conservado, en su miseria, la mejor ropa, los mejores servicios de plata, como para cegarse todavía. Pues bien: él vendería todo esto, y sus bordados, y sus vestidos de teatro, y sus maravillosas camisas que hubieran pasado por el ojo de una aguja... ¡ó se lo daría á Carolina!

Pero era preciso que hubiese un testamento. Juzgó que Lucía podía morir antes de haberlo escrito; y se prometió no abandonarla, á fin de aprovechar cualquier ocasión propicia para ponerle una pluma en la mano.

Permaneció allí casi toda la noche.

Hacia las once, volvió á hacer pensar á Lucía en el testamento.

—A propósito,—dijo, representando bien su papel;—he de escribir á mi hermano. Tienes una pluma?

Lucía levantó su blanca mano y llamó á su doncella. Esta llevó «todo lo preciso para escribir».

—Déjelo usted sobre la mesa de noche,—dijo Abelle.

La doncella permanecía tristemente delante del lecho; Carlos la hizo seña de que se marchase, como si hubiera querido llevar á cabo una mala acción.

Comenzó una carta para dar á Lucía la idea de escribir.

—Mira, Lucía,—añadió;—lo que he de decir á mi hermano durará más que si á mi vez escribiera mi testamento.

Lucía entornaba los ojos como si no tuviese fuerza para escuchar ni para responder.

—¡Ahora que pienso!—exclamó de pronto Abelle.
—¿Por qué no he de hacerle? Después de todo, aun podrías tú vivir más que yo.

Desgarró la carta empezada y escribió á toda prisa:

«Lego á la señorita Lucía Moroni—mi prometida— todos los bienes mueblés é inmuebles que me pertenezcan el día de mi muerte, sin excepción ni reserva alguna.»

Fechó, firmó y pasó el papel por delante de los ojos de Lucía.

Ella leyó y le dió las gracias tendiéndole la mano.

—¿No es verdad que eso se hace muy pronto?

—Sí,—dijo la joven;—pero has puesto mi nombre de guerra. Además, el papel no está sellado.

La desesperación pasó por el alma del tunante.

Sin embargo, aun no se dió por vencido.

—Te juro que te basta escribir tres líneas para hacer tu testamento, cual yo acabo de hacer el mío. Será válido como si tuviera todos los requisitos.

Sea porque Lucía no tuviese fuerza para mover la pluma, sea porque comprendiese el sentimiento que abrigaba Carlos Abelle, le respondió:

—Mañana.

Y añadió:

—Mañana, que será el gran día. Me enviarán un sacerdote para que me dé la Extremaunción, y entonces pediré que venga mi notario. Quiero que mi testamento esté bien hecho.

Abelle no sabía cómo arreglárselas para vencer.

—Vuelvo á jurarte,—dijo,—que es inútil el notario. Lo que se busca en estos casos es la sinceridad. Hasta el punto de que las faltas de ortografía son preciosas en un testamento.

Lucía no le oía ó aparentaba no oírle.

—Duerme,—dijo Abelle, dejando caer la pluma con desesperación.

Cuando llegó, media hora más tarde, el médico, Lucía aun no se había despertado. Después de mirarla, el doctor movió la cabeza y dijo á su amante:

—Esta mujer no durará mucho. La muerte ha puesto ya el sello sobre su rostro. ¡Señor, cómo ha recaído desde ayer!

Tomóle la mano.

—¡Esto es sorprendente! No tiene pulso. La creía mucho más dura.

Y la despertó, ablandando luego la almohada bajo su cabeza.

—¡Hola!—díjola jovialmente.—¿Cómo vamos hoy?

—Bien,—respondió Lucía.

—¿Ha tomado usted mi poción?

—No; todo me horroriza. Además, me muero de sueño.

—Pues bien: á dormir.

—¡Oh, sí! Prohíbale usted,—dijo, mostrando á Carlos Abelle,—que escriba á mi oído.

—Tiene razón,—dijo el médico.—Mañana despachará usted su correspondencia.

Lucía se había vuelto de espaldas.

—¡Adiós, doctor! Venga usted mañana por la tarde; por la mañana espero al señor cura.

Pero, después de esto, volvió á llamarle.

—Doctor, nieva; los pobres tienen frío; sea usted bastante amigo mío para repartir mi último billete de mil francos entre sus pobres.

Sacó un billete de mil francos de bajo la almohada y lo alargó al médico.

—¡Infeliz de mí!—dijo, suspirando.—Yo no tengo pobres.

Abelle, que se encontraba más cerca de ella que el médico, dijo vivamente:

—No se moleste, doctor. Se calumnia al decir que no tiene sus pobres: yo les conozco bien y sabré encontrarlos.

Abelle había cogido el billete de mil francos. La moribunda pareció no comprender, tanto la dominaba ya la muerte con su sueño.

¡Carlos robaba á los pobres!

El médico, que se había alejado, lo llamó.

—Esta mujer,—le dijo,—está en las últimas; no será ella quien reciba á Dios mañana, sino Éste quien á ella la reciba. Tengo una enferma cerca de aquí; vendré de nuevo al amanecer.

La noche, tan pronto fué ruda como dulce para la moribunda. Durmió tan pronto tranquila y sonriente, como entre las ansias de la agonía.

Carlos Abelle no pensaba sino en el testamento. ¿Qué hacer? ¿Cómo decidirla á escribir? ¿Y si la guiara tomando en la suya su mano, como se hace con los colegiales? ¡Tres líneas están hechas tan pronto!

Por la mañana volvió á acercarse á Lucía y tornó á intentar, pero en vano, de ponerle en la mano la pluma. Era la suya una mano muerta, una mano ya fría.

Miró á su alrededor, como hombre que ve su fortuna escapársele.

—¡Ayer,—dijo,—todo esto era mío! ¡Ahora, todo ha volado!

No podía admitir la idea de que los últimos despojos de la fortuna de Lucía no serían suyos.

—¿Qué se hará de esto,—decía,—que me pertenece?

XII

El reloj que marca las horas de amor

Lucía había conservado, de su mobiliario de princesa, casi toda la alcoba. Nunca quiso vender un adorable relojito Luis XVI, de plata incrustada en oro, que se estipulaba en diez mil francos. Era éste su último lujo. Aquel reloj había marcado las mejores horas de su vida. Hablábale ella como á un confidente. Era su pos-trer amigo.

—Ese reloj,—pensó Abelle,—yo me lo llevaré. En la confusión de la última hora, nadie lo notará.

Pensaba, por otra parte, poner en su lugar el reloj del tocador.

Desde hacía algunas horas, Lucía no respondía cuando él la hablaba; le miraba y parecía no verle.

Creyendo que la joven dormía, se acercó á la chimenea y cogió el reloj de plata, como para asegurarse de que era fácil de llevar bajo el makferlán.

—Si me lo reclaman,—dijo,—contestaré que ella me lo dió.

Pero he aquí que en aquel instante Lucía preguntóle qué hora era.

Se estremeció.

—Este reloj está parado,—respondió.—¿Quieres que traiga aquí el del tocador?

—No; da cuerda á ése; ya sabes que le tengo en gran estima. Es el que señalará mi última hora. ¿Re-